

aunque con frecuencia exagerado, del estado de la sociedad en el siglo V, y San Agustín, en sus *Confesiones*, nos hace asistir a todas las vicisitudes por las que pasaba la vida moral y religiosa del individuo en aquella época turbulenta.

Con el título de *Silviae Aquitanae peregrinatio ad loca sancta*, Gamurrini ha publicado en Roma en 1885 una narración de peregrinos que data del siglo IV, y que proporciona explicaciones muy valiosas acerca de las costumbres de la época, así como también sobre la geografía sagrada. Esta obra, atri-

buida hoy a la religiosa española Etería, ha sido reeditada en 1898 en *Itinera hierosolymitana saec. IV-VIII* por Geyer, Viena, 1898, y, aparte, por Heraens en Heidelberg, 1908.

INSCRIPCIONES. - Leblant, *Inscriptions chrétiennes de la Gaule*, París, 1856.

Hübner, *Inscriptiones Hispaniae christianae*, Berlín, 1871.

Hübner, *Inscriptiones Britanniae christianae*, Berlín, 1876.

Kraus, *Die christlichen Inschriften der Rheintande*, 1890-94.

## CAPÍTULO VI

### BIZANCIO

ERA DESTINO de la Roma bizantina sobrevivir unos diez siglos a la antigua, y prolongar hasta la entrada de la era moderna la vida lánguida de una mitad del Imperio romano. Protegida por una incomparable posición estratégica y por la diplomacia hábil de sus soberanos, la ciudad de Constantino vió, a partir del siglo v, cómo la marea de las invasiones se arrojaba sobre otras riberas o expiraba impotente al pie de sus murallas. El edificio político del paganismo quedó, pues, en pie a la sombra de sus atrincheramientos, magnífico todavía, aunque mutilado, mientras las naciones occidentales que crecían al aire libre bajo la tutela de la Iglesia, pudieron contemplar de lejos, durante un millar de años, el espectáculo de aquella sociedad decrepita y lasciva, encerrada, con el lujo marchito de la Antigüedad, en una ciudad que era a la vez su baluarte y su prisión, y en donde no podía ni vivir ni morir. A su vez, la historia de la civilización cristiana, antes de separarse definitivamente de un dominio que cesa de ser el suyo, debe arrojar una última mirada a este mundo cerrado al porvenir, para sacar de él la suprema enseñanza que parece haber tenido por misión dejar al género humano.

La historia del Imperio bizantino puede resumirse en dos palabras: es la tercera y última fase de la decadencia romana. Bizancio es la Roma pagana refugiada en Oriente, en donde continúa, de modo frecuentemente inconsciente, la lucha encarnizada del cesarismo antiguo contra el espíritu nuevo. Cosa notable y en que parece verse como la fatalidad secular de un pecado original: la ciudad del Bósforo, que parecería llamada a la vida para dar una capital cristiana a los Emperadores convertidos, desmiente desde muy pronto las esperanzas del mundo. Mientras que la Roma de Nerón, abrevada con la sangre cristiana, aprovechaba la salida de sus dueños para convertirse poco a poco en capital de la Iglesia universal, la Roma de Constantino, edificada a la sombra de la Cruz, se hacía muy pronto el baluarte en que se conservaban fielmente las costumbres y el espíritu repudiados por la Ciudad Eterna.

Es que, al emigrar desde las orillas del Tíber a las riberas del Bósforo, los Emperadores habían trasladado a éstas todo el paganismo oficial, que no encontraba ya apoyo en el suelo regenerado del Occidente, y quedó con ellos, tan altanero como siempre en su actitud y tan intratable como antes en sus pretensiones. La única concesión que hizo a las ideas cristianas fué dejar caer a la larga aquel título de dioses con que se disfrazaba a los soberanos anteriores al siglo IV, y que los aduladores no se avergonzaban de dar a los príncipes cristianos del siglo V y aun posteriores. Y sólo lo dejó a pesar suyo, ocultándolo, por decirlo así, en el guardarropa imperial, tras una multitud de fórmulas sacrílegas tomadas del ceremonial pagano. Por lo demás, fuera del título, nada se cambió. Los Césares de Bizancio continuaron reivindicando todos los derechos consiguientes a los atributos divinos e ignorando tranquilamente el límite de su autoridad frente a la conciencia humana. Como sus predecesores paganos, entendían ser árbitros de cielo y tierra y reinar sobre la sociedad religiosa con el mismo título que sobre la temporal. En su consecuencia, se arrogaban en la Iglesia cristiana el título de soberanos pontífices, y sus canonistas justificaban tales pretensiones alegando, sencillamente, que habían tenido análogos derechos en la religión pagana.

Frente a ellos, San Máximo, ilustre confesor del siglo VII, perecía en el suplicio por haberse negado a reconocer el pontificado de Constante II, y en el VIII un Emperador hereje, León el Isáurico, reivindicaba audazmente frente al mismo Papa la autoridad absoluta sobre la Iglesia y sobre el Estado. "Yo soy sacerdote y rey", escribía a Gregorio II<sup>1</sup>. Los actos de estos extraños pontífices están patentes para atestiguar el celo con que desempeñaban sus funciones religiosas. Imitando el ejemplo de Constancio y de Valente, decidían las controversias doctrinales con edictos imperiales, y redactaban ellos mismos los artículos de fe que se les ocurría imponer a los pueblos. Más de un dogma de fabricación oficial fué lanzado al mundo bajo sus auspicios, y en el *Henoticon* de Anastasio, en el *Ectesio* de Heraclio y en el *Tipo* de Constante II encontramos otros tantos artículos de un credo cortesano que no era conocido por la Iglesia. No hace falta decir que se atribuían sobre la legislación canónica el mismo derecho soberano que sobre los dogmas, y que, a su modo de ver, el gobierno de la Iglesia no debía ejercerse más que a su gusto. Los obispos y los concilios estaban bajo su mano; los cánones se doblaban y desaparecían ante su voluntad, y, en cuanto se dignaban

<sup>1</sup> S. GREGOR. II, *Epist.*

dar a conocer ésta, la conciencia cristiana no tenía ya más que callar y obedecer.

El ambiente en que revivían tales pretensiones de cesarismo se encontraba maravillosamente preparado para acogerlas; no se encontraba ya entre las poblaciones del Oriente aquella integridad moral del individuo y aquella firmeza del espíritu público que constituían la fuerza del cristianismo occidental, pues habían sufrido el doble contagio de las costumbres y de las ideas de sus vecinos de Asia. Bizancio era un Imperio romano de nación griega y de costumbres orientales; el absolutismo real no tenía nada que asustase a gentes habituadas a contemplar de cerca, o aun a sufrir, el de los Arsácidas y de los Sasánidas. En cuanto a sus ideas religiosas, siempre habían estado sometidas a la infiltración de las doctrinas contradictorias nacidas entre las sectas que pululaban bajo el sol ardoroso del Oriente. El mahometismo, con el enorme ascendiente que le dieron sus rápidos triunfos militares, no podía dejar de influir a su vez sobre una sociedad tan impresionable, y desde el siglo VII se encuentran las huellas de su influencia en los asaltos dogmáticos lanzados contra la ortodoxia. El pensamiento del Islam es, en cierto modo, el que hizo la conquista del Imperio por medio de la funesta herejía de los iconoclastas, hasta que el sable acabó la obra de aquel apostolado fanático.

Por lo demás, la corrupción intelectual de la raza griega basta para explicar su eclecticismo malsano. Aquella raza tan brillantemente dotada, pero echada a perder desde el tiempo de Sócrates por abusar de sus facultades, había contraído una enfermedad incurable; su espíritu, envenenado por los sofismas, marchaba hacia la descomposición total. A fuerza de jugar con lo verdadero y lo falso, y de sostener sucesivamente las tesis más opuestas, sin otro fin que hacer brillar la sutilidad de su espíritu, el genio griego se había hecho incapaz de soportar el peso de una doctrina cualquiera. Después de haber pulverizado las verdades naturales, y hasta los axiomas de la razón, no teniendo ya nada que destruir, dormía exhausto sobre las ruinas que había hecho, cuando llegó el cristianismo. Hubiera sido éste su curación, si hubiera sabido comprenderlo; pero, en vez de buscar un alimento en la doctrina pura y fecunda de la Iglesia, sólo quiso ver en ella un juguete. Se encaró, pues, con el tesoro de las verdades reveladas, y cada artículo de fe se convirtió para él en tema de mil controversias, en los que abundaban las ocasiones de hacer admirar la flexibilidad de su ingenio. Surgió entonces la segunda escuela de sofistas griegos: la de los heresiarcas. Los discípulos

de Carneades y de Gorgias reanudaron el curso de sus atentados contra la razón humana, con otros nombres —es cierto—, pero con los procedimientos familiares a la antigua sofística. Nada tan sorprendente como la analogía de sus procedimientos, nada tan manifiesto como el lazo de filiación que une a las dos escuelas entre sí; a mil años de distancia, la llaga incurable del genio griego reaparece con idénticos caracteres, y su supuración produce por todas partes un hormigueo repugnante de sofistas empeñados en descuartizar la verdad.

Se comprende la aversión con que tales espíritus debían mirar a la Iglesia católica, centinela armado y vigilante de la doctrina revelada. Todo les sublevaba en ella; su majestad austera e inmutable desconcertaba a la loca movilidad de ellos; despreciaban la rigidez bárbara de sus dogmas, que no se prestaba a su crítica ingeniosa; se indignaban de su desdén hacia la superioridad intelectual que ellos se atribuían y de la complaciente insolencia con que prefería a los espíritus sencillos, pero rectos, y no a los genios brillantes, pero indecisos. No podían aguantar que hiciese caso omiso de sus talentos y de sus luces cuando se trataba de legislar o de enseñar; la independencia soberana que reivindicaba en el dominio religioso les parecía risible y odiosa a la vez, ni se explicaban más que por su ignorancia de las cosas de la civilización aquella altivez de su actitud con relación a los señores ante los cuales caían de rodillas. En efecto, separados en todas las cuestiones doctrinales, encontrábase sólo de acuerdo en el culto del muy santo y muy clemente Emperador; la divinidad de este señor era el único dogma común a todos; en él saludaban a la cabeza de la Iglesia, le reconocían todos los derechos que se atribuía y alentaban todas sus usurpaciones. Con tal que se dignase, al adoptar sus opiniones teológicas, sentarlas con él al trono y acompañarles una autoridad despótica sobre todas las demás, nada tenían que reprocharle. Así se explica la audacia del cesarismo bizantino en materia religiosa y los éxitos admirables que encontraron sus pretensiones. Hay que ser justo con esta tiranía y no olvidar que el servilismo de los súbditos se anticipó casi siempre a la ambición de los señores.

Esto no significa que el espíritu cristiano hubiera desaparecido de la patria de los Basilio y de los Crisóstomos. Desgraciadamente, los verdaderos cristianos, que se encontraban ya en minoría en tiempos de San Atanasio, veían ralearse sus filas todos los días; diseminados, aislados, mirados con desconfianza por el poder y rodeados de esa impopularidad que en los medios corrompidos es la suerte inevita-

ble de las gentes honradas, no estaban en estado de curar a una sociedad que no quería remedios. Todo lo que podían hacer era resistir a la corriente, no dejarse arrastrar por sus oleadas y presentar acá y allá a la mira del historiador el espectáculo consolador, aunque raro, de almas superiores a su tiempo.

A medida que el mal se fué extendiendo progresivamente, estas almas fueron desapareciendo; muy pronto dejaron de mostrarse en las funciones públicas; más tarde hubieron de abandonar también los puestos de la jerarquía religiosa, y, por fin, las últimas se refugiaron en los claustros, esos asilos supremos de la dignidad humana. Durante algunas generaciones se encuentran aún, bajo el hábito monástico, cierto número de almas intrépidas y altivas, y todo estaba ya perdido cuando los monjes continuaban siempre, con mérito tanto más grande cuanto que era sin esperanza, el combate de la libertad cristiana contra la tiranía de la fuerza brutal.

La historia debe inscribir con reconocimiento, en las páginas manchadas en que traza los anales del bizantinismo, el nombre de San Teodoro el Estudita y de la generosa falange de sus discípulos, quienes por última vez hicieron ver a un pueblo degenerado lo que era una conciencia libre. Inaccesible a la corrupción de su siglo, y con la mirada siempre fija en el ideal de perfección moral que se esforzaba en realizar en su vida, Teodoro el Estudita fué el último santo de Bizancio. Este monje heroico, en quien parecían revivir el valor y la fortuna de Atanasio, fué perseguido por tres Emperadores, desterrado tres veces, azotado cuatro, y encerrado durante cinco años en un calabozo infecto y oscuro, en donde sus carceleros parecía que habían recibido la consigna de hacerle morir lentamente. Pero nada pudo doblegar la energía indomable de su alma; desde el fondo de la prisión, como desde el seno de su monasterio, protestó contra los casamientos adúlteros del soberano y contra sus edictos iconoclastas, y no cesó de verter el torrente de su elocuencia vengadora contra escándalos que no ofendían ya a la sociedad de aquel tiempo. Finalmente, después de una vida llena de tribulaciones sufridas por defender la justicia y la verdad, vino a morir en su monasterio de Studion, en donde había reunido bajo su báculo mil discípulos, a quienes alimentaba con su doctrina y enardecía con su valor. De este monasterio y de algunos otros partieron los últimos rayos de vida moral que brillaron sobre la decadencia bizantina; después, la persecución extinguió el foco, y desde entonces la libertad cristiana no contó ya con representantes en Bizancio. Obispos,

sacerdotes, monjes y fieles: todos rivalizaban en abyección a los pies del César.

Sin embargo, no se había logrado acabar con la Iglesia. Si el Oriente permanecía mudo ante los atentados del poder temporal, una voz intrépida continuaba elevándose desde el fondo de Occidente, y ella venía a despertar las conciencias adormecidas y a turbar en su seguridad a los violadores del derecho y la justicia; era la voz del Papado, que sonaba como grito de dolor cada vez que la Iglesia era herida, y cuyos acentos sobrehumanos hacían estremecer y temblar al mundo. A todo precio era preciso hacer callar aquella boca insolente que ponía en discusión los principios constitucionales y que parecía desafiar la omnipotencia del poder civil. Nada se había ganado mientras la sede de Roma pudiese protestar impunemente, porque ella, quisiera o no, era la cabeza de la Iglesia, y todo el mundo estaba persuadido de ello en Oriente y en Occidente.

La lucha contra los Papas vino a ser, por tanto, cuestión vital para los Emperadores; tal lucha fué larga, encarnizada y aun sangrienta. Todas las fuerzas de Oriente se lanzaron contra el Papado: cortesanos, sofistas y soldados se relevaron, en vano, en la tarea de reducirle a silencio; fué preciso, por fin, recurrir al vergonzoso expediente de la tiranía en sus últimos extremos e invocar el oficio del verdugo. Muchos Papas perecieron en la cárcel o en el destierro, y el mundo cristiano vió en diversas ocasiones a su jefe espiritual arrastrado como vil malhechor a través del Imperio. Pero, si bien se hacía morir a los Papas, no se conseguía apagar su voz. Una sola vez, engañado por artificiosas sugerencias de uno de los sofistas que ocuparon el trono patriarcal de Constantinopla, el vicario de Jesucristo creyó que era conveniente guardar silencio, y cesó por un instante de hacer resonar la voz que los pueblos estaban acostumbrados a oír en todas las tempestades. Causó esto un estupor cuya terrible impresión no se ha borrado en doce siglos. La Iglesia entera censuró poco después en juicio solemne la memoria del Papa Honorio, no por haber enseñado el error, sino por no haberlo denunciado y combatido, como era su deber. ¡Tal era el lugar que el Pontificado ocupaba en la conciencia de los pueblos, y tal la misión que le había sido asignada por el consentimiento universal de los cristianos!

Además de esto, la Providencia había rodeado de garantías eficaces la independencia de los débiles ancianos a quienes encargaba de salvaguardar, por sí solos frente a los dueños del mundo, la libertad de las almas y la majestad desamparada del derecho. En su

lucha contra la omnipotencia de los Césares, los Papas disponían de más recursos que a primera vista parecía. Establecidos en la extremidad del Imperio, estaban por lo menos al abrigo de un primer movimiento de cólera. Por otra parte, se veían rodeados de una población apasionada por su causa y acostumbrada a saludarles como a sus bienhechores y señores legítimos. Finalmente, el Occidente entero, elevándose tras ellos con fuerza cada día mayor, les ofrecía un punto inquebrantable de apoyo, pues al combatir por su propia independencia, defendían su religión contra las empresas de los bizantinos. Todos los esfuerzos de los Emperadores se estrellaron, por tanto, ante la resistencia invencible de la sede apostólica, sin conseguir más que aumentar el desafecto del pueblo italiano hacia un yugo opresor y herético, acreciendo su entusiasmo hacia la persona del Papa, a quien más de una vez protegió a mano armada contra las violencias de los emisarios bizantinos.

Poco después la corona imperial se vió reducida, con relación al obispo de Roma, a amenazas irrisorias y, a veces, aun a vulgares tentativas de asesinato. Esto era, desde luego, más fácil que rechazar a los lombardos y salvar a las poblaciones amenazadas en este momento por todos los horrores de una nueva invasión. El castigo de tal política era inevitable, y sonó por fin la hora vengadora en que el jefe de la Iglesia cristiana fué libertado de la tiranía de los lombardos y de los Emperadores a la vez, gracias a la espada victoriosa de los francos. La guerra insensata del cesarismo a la Iglesia no había producido otro resultado que hacer perder al Imperio una de sus provincias más hermosas y comprometer la majestad del título imperial, al mismo tiempo que emancipar definitivamente a ese Pontificado que trataba de esclavizar. Los eunucos de Constantinopla podían coronarse de flores y subir al Capitolio: ¡habían merecido bien del Imperio!

Pero el cesarismo no se dió por vencido. No habiendo podido someter a los Papas a la autoridad de los Emperadores, le quedaba otra salida: sustraer a los cristianos de Oriente de la autoridad papal. A decir verdad, semejante expediente era tan criminal y desesperado, que sólo podía ocurrirse a gentes que habían perdido en cierto modo hasta la noción del espíritu del cristianismo; pero era digno de Bizancio levantar esta política suicida, a la que se dedicó con energía ciega desde el momento en que los ejércitos de los francos hicieron del obispo de Roma un soberano que nada tenía que temer respecto al poder bizantino.

Tal política encontró todo el apoyo apetecible en el pueblo grie-

go y en sus jefes religiosos. Como suele hacer el despotismo cada vez que quiere oprimir la libertad religiosa, fué repitiendo a las muchedumbres que era preciso emancipar a la Iglesia griega del yugo humillante de la de Roma, y restituirle su dignidad de Iglesia nacional soberana. Puesto que —decían los canonistas bizantinos— la supremacía del Papa no era debida más que a la supremacía política de que Roma había gozado en otros tiempos, era justo que la Roma nueva, que tenía la misma categoría política, poseyese las mismas prerrogativas religiosas, por lo que el patriarca de Constantinopla debía ser el igual y no el inferior del Papa. Este argumento, enteramente pagano, que había sido invocado ya para elevar a Bizancio de la categoría de simple obispado a la de patriarcado, era indicadísimo para convencer a muchedumbres incapaces de comprender nada de la constitución de la Iglesia y de su carácter espiritual.

Pareció, pues, muy natural que las vicisitudes de la vida política determinasen las relaciones, siempre inmutables, de la jerarquía religiosa, y la pretendida independencia del patriarca de Constantinopla se convirtió en cuestión de honor nacional. La plebe fanática no pensó ni un momento en sí, al sustraerse a la autoridad espiritual de su superior legítimo, no caería el patriarca bajo el despotismo ilegítimo del Emperador, recibiendo heridas mortales el principio vital de la distinción entre los dos poderes. Preocupaciones de orden esencialmente diferente eran las que llenaban las inteligencias de los bizantinos. ¿Qué peso, pues, podían tener la integridad de los principios cristianos y la unidad de la Iglesia con relación a cualquier deseo del muy santo Emperador? Cuando más, se encontrarían, tras los muros de algún monasterio aislado, algunos hombres que eran tan malos patriotas que preferían la autoridad de un jefe extranjero a la del pontificado bizantino. Así fué como, a favor de las preocupaciones populares, los diversos patriarcas que se sucedieron en la sede de Bizancio a partir del siglo VIII llegaron gradualmente, por una serie de maniobras astutas, a hacer cada vez más inevitable la ruptura con el centro de la cristiandad.

Esta tarea, en la que el cesarismo tenía como instrumentos al servilismo de la multitud y a la ambición de los prelados cortesanos, se prosiguió desde entonces paralelamente con las tentativas de intimidación que se hacían sobre los Papas. Pero una vez libertados éstos de tal yugo por la acción de los reyes francos, ya no se guardó ninguna consideración, y el patriarca Focio fué el primero en levantar el estandarte del cisma oriental. ¡Acto impío y sacrilego que, rompiendo la unidad de la familia cristiana, cerraba para siempre

a la sociedad griega las fuentes de vida que brotan de la roca de Pedro, la separaba de la comunión de los pueblos católicos y la arrojaba, debilitada y marchita, a los pies de los Césares bizantinos! ¡Política insensata que, en nombre de un pretendido patriotismo, desligaba a los cristianos de Oriente de la saludable alianza de los latinos y les privaba de sus únicos defensores para el día temible en que el Islam les declarase su guerra de exterminio!

Tal era la atrocidad de este crimen contra Dios y contra la humanidad, que muchos Emperadores se detuvieron temblando ante la obra inaugurada por Focio, no atreviéndose a avanzar por el camino que había abierto, asustados del porvenir que se avecinaba con su apostasía. Pero mayor que la ambición imperial era la baja de su clero, y la empresa que no se habían atrevido a completar los Emperadores, fué terminada sin éstos por patriarcas ávidos de servidumbre. Es difícil comprender la ceguera de un hombre como Miguel Cerulario, triste continuador de Focio, que dos siglos después de él viene a consumir su crimen. Era el momento en que el islamismo, más amenazador que nunca, atravesaba a paso de gigante las provincias griegas del Asia Menor y venía a establecerse en Nicea, casi enfrente del palacio imperial.

Así, como por castigo de la Providencia, apenas fué declarada la separación, cuando los propios Emperadores se vieron obligados a desaprobarla, suplicando al Pontificado y a los pueblos católicos que corriesen en socorro de los hermanos que les habían hecho traición. Y este remordimiento les duró mientras duró el Imperio. Se hubiera dicho que era precisa la proclamación del cisma para que abrieran los ojos acerca de sus consecuencias fatales, pues tantas fueron las ofertas de volver a la unión que a partir de aquel momento prodigaron a los Papas. Quizá lo hicieran con sinceridad, ya que el sentimiento de su terrible responsabilidad bastaría para llevarles a dar pasos que se habían hecho ya inevitables, por penosos que resultasen a su orgullo y ambición. Todavía en vísperas de 1453, en el concilio de Florencia, hacían negociaciones para restablecer la unidad religiosa que rompieron y para dar al Imperio agonizante la fuerza que esperaba de los cruzados. Pero esta vez el pueblo corrompido que les había seguido en su pendiente mortal se negó a desandar el camino y, ante la cimitarra islamita levantada ya sobre su cabeza, profirió aquel grito estúpido de "¡Antes turcos que papistas!". Tal fué el último adiós del mundo griego que expiraba, y la historia ha ejecutado con fidelidad implacable este deseo de condenados<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> DUCANGE, *Historia byzantina*, (XXXIX), pág. 163.